

EL AMANTE

Rosa Veyri Clemente Solís

Introducción

La presente historia trata de la vida de una mujer que está recluida. Aún se encuentra en proceso por el delito de despojo agravado, apelando la sentencia de seis años de prisión en el Cereso femenino 14, El amate, en el módulo 4 del primer nivel, celda 1, cama 2, con el expediente número 240/2009 del Juzgado 1° del ramo penal común, en la ciudad de Cintalapa de Figueroa, Chiapas, ubicado en la carretera Panamericana, Ejido Lázaro Cárdenas.

Agradecimientos

En primer lugar agradezco a mi Dios, padre todopoderoso, por la vida que me presta a cada instante, por la salud que derrama en mi ser y por todo el amor que me rodea a pesar de las circunstancias en las que me encuentro. La mayoría de las personas libres tienen un concepto erróneo de lo que es estar en la cárcel o privada de la libertad. Lo que desconocen es que muchas de las que estamos internas somos felices aquí dentro, porque Nuestro Señor, está con nosotros y nos cuida, nos protege de toda adversidad, nos regala el pan de cada día y, principalmente, nos otorga un día más de vida lleno de bendiciones, dicha y amor.

Mi nacimiento y niñez

El 27 de noviembre de 1971, en la colonia Cristóbal Obregón, municipio de Villaflores, Chiapas, nace su servidora, producto del gran amor de mis padres, Efraín y Ruth, como la tercera hija de este hermoso matrimonio. Al momento de mi nacimiento decidieron nombrarme Rosa Veyri.

Anteriormente, mis padres vivían en el rancho Los Mangos, propiedad de mis abuelos maternos. Recuerdo como si fuera ayer que en mi hogar teníamos privaciones económicas. Con la gracia de Dios, nacieron dos hermanitos más; es decir, mi familia constaba de mis padres y cinco hijos en condiciones humildes.

Cuando llegué a la edad de once años, debido a las carencias en las que vivíamos, decidí trabajar para apoyar en las necesidades de la casa. Una señora de nombre Ete me brindó trabajo en su hogar y la apoyaba en los quehaceres domésticos. A la corta edad que tenía, barría y lavaba trastes. Mi pago era una olla de comida. Feliz de la vida, llegaba a mi casa y le decía a mi madre: “Ten, mamita, hoy comeremos carne”. Doña Ete era muy espléndida conmigo porque yo era muy hacendosa. Aunque no me correspondía hacerlo, alimentaba a todos los cerdos (tenía muchos animales) y, aunado a eso, limpiaba el corral (chiquero).

Aparte de trabajar con aquella mujer tan generosa, por las tardes me dedicaba a vender pan recién salido del horno. Me iba de casa en casa ofreciendo pan. Con la gracia de Dios, la gente me compraba. Tenía el don de convencimiento.

Ganaba veinte pesos de toda la venta que me daban y, además, el dueño del horno me regalaba las orillas de las cazuejas de leche que sobraban cuando cortaban el pan en trozos. Debido a las circunstancias económicas en mi hogar, creció en mí una gran responsabilidad hacia mi familia. Me llenaba de satisfacción, y a la vez me invadía la emoción de sentirme útil para mis padres y hermanos.

Mi madre creció con una vocación evangélica, así que mi familia asistía a la iglesia los domingos por las mañanas para rendir oración y culto a nuestro Dios, padre todopoderoso. También recuerdo que era el único día de la semana en el que mi madre nos preparaba un sabroso caldo de res, sentía que era el día más especial. Si en otra ocasión doña Ete me llamaba para asear su casa, también era segura una comida sabrosa, porque era la que vendía carne en la colonia.

Un buen día, mi madre me dijo: “Hija de mi corazón, la hermana Virginia está delicada de salud, ¿podrías ir a ayudarla con sus quehaceres domésticos, por favor?” Con alegría le respondí que sí a mi mamita. En ocasiones tenía el deseo de jugar como las demás niñas de mi edad, pero no lo hacía, porque ese tiempo me servía para trabajar.

Mis hermanos eran juguetones y muy cariñosos, siempre protegíamos a la más pequeña, *la Pichi*, como solíamos decirle.

Un día ocurrió algo muy lamentable, mi hermana mayor sufrió un accidente. Esto unió más a la familia. Mis hermanos y yo teníamos que apoyar a mis padres moralmente y brindarle ánimos a mi hermana para su pronta recuperación.

Debido a que mi madre no se daba abasto con todos los quehaceres de la casa, me nació apoyarla lavando la ropa de toda la familia en el río. Obviamente, iba acompañada de una persona mayor, doña Margarita. Ella acostumbraba lavar ropa ajena todos los días. Era muy extraña, no usaba calzado aunque el día estuviera muy caluroso. Me imagino que sus pies ya estaban acostumbrados a estar sometidos al calor del suelo. Convivía con ella para ir a lavar. Mientras me encontraba rodeada de la naturaleza, disfrutaba del bello paisaje: el roce del agua, el trinar de los pájaros, el aroma de las flores silvestres. Todo esto llenaba de paz mi alma y mi corazón. Encontraba una inmensa armonía, aunque la ropa que iba a lavar fuera mucha. Al final, mi cuerpo quedaba cansadísimo, pero me esperaba en casa un riquísimo huacal (vaso) de pozol

(bebida típica hecha a base de masa y cacao) bien frío, con sus trozos de hielo que revitalizaban mi cuerpo, acompañado con unas deliciosas tortillas hechas a mano, en fogón.

Durante mi niñez no tuve juguetes o muñecas, pero la disfruté. Para mí fue bella con el amor de mis padres; no me hizo falta nada, sentía que todo lo tenía. En casa jamás existió la violencia, nunca fui testigo de pleitos o discusiones entre mis padres. Debido a la religión que profesábamos, en mi hogar reinaban el amor, la paz y la tranquilidad. Con carencias, pero éramos felices. A mis padres no les gustaban los bailes, las fiestas, la embriaguez, los vicios, y mucho menos las palabras altisonantes u obscenas; todo lo contrario, cada sagrado alimento lo acompañábamos con una oración familiar, agradeciendo a Dios por el pan de cada día.

Mi padre, a pesar de ser un hombre de trabajo, no fue bien visto por mis abuelos maternos. Sin importar esto, conquistó el corazón de mi adorada madre, pero por ello no visitábamos a mis abuelos. El lema de mi papá era: “Mi familia son ustedes, y para todo aquel que desee vernos, las puertas de este hogar están abiertas”. En algunas ocasiones mis abuelos nos visitaron en casa, y nos llevaron obsequios para la escuela.

Durante mi etapa de educación básica fui una niña hiperactiva, es decir, incontrolable e incansable, en el buen sentido de la palabra. Cuando los maestros anunciaban que se llevaría a cabo un festival y se necesitaba nuestra participación para ensayar los números coreográficos, no lo pensaba dos veces, inmediatamente levantaba la mano para integrarme al bailable.

Cuando regresaba a casa y le comentaba a mi madre mi hazaña, siempre me reprendía por los gastos que implicaba participar en dichos números, pero finalmente se resignaba y aceptaba mi inquietud, puesto que de antemano sabía que yo trabajaría arduamente para apoyarla para adquirir el vestuario. Mis palabras eran: “Dios proveerá”.

Hasta aquí concluye mi niñez e inicia mi despertar adolescente.

La etapa adolescente

Cuando acepté trabajar para la hermana Virginia, me encontré con la sorpresa de que ahí vivía un joven llamado Natanael, que estudiaba la secundaria. En el momento en que lo conocí, despertó en mí una gran atracción que no había experimentado nunca.

Cada que iba a hacer el aseo en esa casa, me invadía una alegría inmensa, porque sabía que él estaría ahí.

En ese tiempo estaba por salir de la primaria. No tuve una infancia como otras niñas, no jugué a las muñecas o la comidita. En la escuela era la primera en participaciones; también me gustaba presentarme en los bailes folclóricos de los festivales escolares y cantar en las reuniones educativas. En este lapso sucedió algo muy bello: Natanael me pidió que fuera su novia y, sin pensarlo dos veces, respondí que sí.

Concluí la primaria con excelentes calificaciones. Durante las vacaciones de verano, llegaron de visita mis tíos de Chihuahua; mi madre los adoraba.

Ellos, al ver la precaria situación económica de mi familia, se ofrecieron para darme educación. Realmente no quería irme con mis tíos, pero como toda buena hija educada y obediente, acepté la decisión de mis padres. Me dolió mucho la separación de mi familia y de mi novio Natanael.

Mi destino fue Ciudad Juárez, Chihuahua. Estudié la secundaria. Las cosas no fueron como imaginaba o como deseaba. Mis tíos eran de carácter fuerte, muy estrictos, enérgicos, autoritarios. Lo agradable era que me cuidaban muy bien. Económicamente, estaban en excelentes condiciones, hasta tenían chofer para llevarme al colegio. Estudié en uno de los institutos más prestigiados de la ciudad: el Colegio Rémington.

En momentos me invadía la nostalgia por ver a mis padres, hermanos y a Natanael. Un buen día recibí una carta de él en que me decía que no lo olvidara y me pedía que continuáramos siendo novios. En lugar de responderle el mensaje por escrito, me esperé a culminar mis estudios de secundaria con el firme propósito de regresar a mi tierra.

Durante el tiempo que viví en Ciudad Juárez, conocí a bellas amistades, aunque un poco extrañas a mi forma de ser. Compañeras de colegio muy guapas y bonitas, pero que usaban atuendos *cholos*; sus expresiones, su forma de hablar y actuar eran muy distintas a la formación y educación que me inculcaron mis padres.

Mi compañera de colegio y amiga Norma tenía un hermano que era jefe de una de las pandillas más reconocidas del barrio 72. En una ocasión llegó un grupo de cholos cerca de la casa donde vivía y mi amiga me presentó a su hermano. En ese instante me estremecí de miedo por los tatuajes en su cuerpo, vestuario extraño, pantalones de pliegues, holgados, camisetas ajustadas y zapatos de charol. Con temor le extendí la mano para saludarlo. Al estrecharla, sentí un apretón fuerte y él percibió que me dolió: “Mucho gusto, huerca”. Con mi sencillez, pero llena de valor, respondí: “El gusto es mío”. Todos los que lo acompañaban se empezaron a reír, exclamando: “Qué huerca tan rara”. Al instante, ordenó: “Guarden silencio”. Me sorprendió que todos le obedecieran por ser el líder. Su nombre era *Yiyo*. Por curiosidad, para descubrir por qué se comportaban así, me acerqué a él para hacer amistad. Continuamente leía en el periódico las atrocidades que cometía la banda de Yiyo, pero a veces hasta dudaba de la veracidad de las noticias, porque conmigo el muchacho era educado y respetuoso. Entonces me atreví a preguntarle por qué su comportamiento era agresivo hacia la sociedad, y si eran verdad los cuentos de las noticias en el periódico. Con voz fuerte y rigor, dijo: “La vida es sólo una y vive el más fuerte”. Sus palabras fueron expresadas con

mucho resentimiento. En ese momento decidí terminar con esa amistad.

En otra ocasión, estaba reunida con los hermanos de la iglesia en culto y entraron los cholos de la banda de Yiyo. Mi pensamiento fue: “Vienen a agredirnos en la congregación”, por lo que me incliné a orar y a pedirle a Dios que tocara su corazón. El pastor los invitó a que tomaran asiento, y uno a uno se acomodaron. El pastor hizo oración por cada uno de ellos y Yiyo se acercó a recibir el Cristo en su corazón, arrepintiéndose de todo lo que había hecho. En días posteriores, en una riña callejera, fue apedreado por otra banda a pocas cuerdas de la iglesia. Al enterarme de la noticia, se estremeció mi corazón, y un llanto doloroso invadió mi ser. Pero grande es Dios que permitió que antes de su deceso se arrepintiera de todo lo malo que había hecho. Vivir esa experiencia dejó una lección importante en mí.

Mi vida continuó dentro del colegio. Recuerdo que en una ocasión me invitaron a practicar atletismo. Para ser honesta, lo hice por cumplir un requisito curricular dentro del instituto. El profesor de Educación Física nos llevó a El Chamizal (parque recreativo adecuado para practicar deportes), nos concentró en la pista de atletismo e hizo que compitiéramos en una carrera de velocidad de 100 metros. Para mi sorpresa, gané el primer lugar y me obsequiaron un par de tenis. Rápidamente los acomodé en mis pies, pero como no estaba acostumbrada, me estorbaban, así que los guardé como recuerdo.

Debido a mi destreza, me convocaron a participar en la carrera de un kilómetro. No tenía muchas ganas, me sentía insegura, pero accedí gracias a la motivación que recibí por parte de mis compañeritas. Mi alegría fue muy grande porque salí ganadora en esa eliminatoria. El colegio me obsequió unos *pants* y posteriormente me llevaron a competir contra otros estados del norte. El día de la carrera final ocurrió algo muy gracioso. Estaba ya vestida y calzada con la debida ropa deportiva y a punto de que

nos marcaran la salida, cuando tuve que pedir tiempo para quitarme los tenis porque sentía que me estorbaban. Las personas a mi alrededor y los espectadores murmuraban sobre mi osadía de quedar descalza, pero no me importó. Anuncié: “Estoy lista”, y en el momento en que ordenaron la salida, surgieron unas fuerzas de mi interior y corrí a toda velocidad. El día era caluroso y el pavimento quemaba mis pies, pero eso no fue impedimento para ganar la carrera. Recibí elogios y felicitaciones del director de la escuela y mis compañeras me abrazaron y me cargaron. Sentí un orgullo inmenso. El trofeo que me entregaron era grande y quedó en exhibición en la escuela. Con esta experiencia aprendí que toda meta u objetivo que uno se propone puede ser alcanzado, dependiendo de nuestra actitud y disposición para afrontarlo, sin importar los comentarios que uno reciba del entorno. Después del éxito obtenido, decidí regresar a la casa, mi tierra natal.

Para mi familia fue muy emotivo mi retorno, nos invadió la alegría y hubo lágrimas de felicidad. El reencuentro con Nata nael sirvió para reconciliación, mis padres lo aceptaron como “novio de permiso”. Físicamente era un joven guapo, apuesto, alto, de buen porte, educado y, lo más importante, compartíamos los mismos principios religiosos y compaginábamos en todos los aspectos.

Muy poco me duró el gusto, ya que se fue a estudiar a la ciudad de México. Por primera vez en la vida, sentí dolor en mi corazón. Todos mis sentimientos estuvieron vulnerables por un tiempo. Logré superar esta etapa de mi adolescencia, mi primer gran amor.

Una dura juventud

Continué con mi vida con ánimos de seguir luchando y esforzándome por mi familia. Por ello, una tarde les comenté a mis padres

que necesitaba abrirme camino, así que tomé la decisión de irme a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Al llegar a Tuxtla, fui a casa de mi tía Tere (hermana de mi padre), una mujer joven, fuerte y trabajadora. Sin conocer la ciudad, caminé horas y horas por las calles. Observaba los letreros que anunciaban empleo afuera de los negocios: “Solicito empleada con experiencia”. Lamentablemente no reunía los requisitos, por lo que pasaron los días sin que encontrara trabajo.

Un día le dije a mi tía: “Hoy no regreso si no encuentro trabajo”. Rápidamente me contestó: “¿Es un reto o te sientes incomoda en la casa?”

La verdad, me sentía incomoda porque mi tía sostenía la casa y yo estaba generando gastos extras en ese hogar sin aportar nada económicamente. Sentía que no era justo, así que le respondí: “Es un reto para mí, tía”. No tuve el valor de decirle que me sentía triste por no ser útil.

El primer anuncio que vi fue en una casa: “Se solicita sirvienta”. Sin dudarlo, me acerqué a la puerta:

–Buenos días –saludé.

–¿Qué quieres? –contesto una voz fuerte.

–Vengo por empleo –respondí con voz firme.

–Pasa, estoy aquí adentro –inmediatamente me indicaron.

Lo primero que observé fue un altar con demasiadas imágenes. Me atendió una señora güera muy presentable, llena de alhajas de oro por todos lados. Sin preguntar mi nombre me dijo:

–¿Qué sabes hacer?

–Todo lo que usted me mande y guste –respondí.

–¿De dónde vienes?

–De la colonia Cristóbal Obregón, municipio de Villaflores.

–¿Cómo te llamas?

–Mi nombre es Veyri.

–Bueno, Veyri –finalmente exclamó–, el trabajo es tuyo. Tus obligaciones son barrer, trapear, lavar trastes, lavar ropa y hacer la comida, porque me imagino que sabes cocinar.

—Sí, estoy a su disposición, verá usted que no se arrepentirá —dije sin titubear y segura de mí misma.

La señora se llamaba Martha, tenía un hijo de nombre José Luis (todos le decían Pepe) y una hija también llamada Martha.

Durante el primer mes de trabajo, doña Martha mostró que estaba a gusto conmigo. Le agradaba mi forma de trabajar porque no renegaba de mis labores; aunque me diera tareas en demasía, soportaba como toda una guerrera.

En alguna ocasión me llamó mucho la atención y me causó curiosidad que llegaban varias jóvenes muy bonitas, pero jamás me pasó por la cabeza la naturaleza de aquella casa.

Un día entró Pepe a la cocina y me dijo:

—Negrita, ¿ya te viste en el espejo?

—¿Tengo algo malo? —respondí tímidamente y con vergüenza.

—No, tonta, al contrario, estás para chuparse los dedos.

Inmediatamente comprendí la malicia de sus palabras y, sin pensarlo, le di un tremendo cucharazo en la cabeza. Se molestó conmigo el joven y fue a decirle a doña Martha. En ocasiones la señora era grosera y mandona, por lo que rápidamente habló conmigo y me preguntó con seriedad y enojo:

—¿Por qué le faltaste el respeto a mi hijo?

—El respeto se gana, y su hijo no se merece mi respeto —me defendí.

Grande fue mi sorpresa cuando doña Martha empezó a carcajearse de risa y le dijo a Pepe:

—Me da gusto que hayas encontrado la horma de tu zapato.

Y dirigiéndose a mí:

—Me imagino, Veyri, cómo te trató este tonto. Prosigue con tus labores; cuando termines, vamos a tener una plática tú y yo.

Al terminar mi jornada de trabajo, me acerqué a la recámara de mi patrona y le pregunté:

—¿Para qué soy buena?

—Siéntate a mi lado. ¿Has observado que haces demasiada comida?

–Sí –respondí con pena.

–¿También has visto que vienen muchas chicas?

Asentí con discreción y comenté:

–Pero es su casa, y yo sólo trabajo para usted.

–Espero seguir contando con tu discreción –me recomendó.

–Absolutamente –respondí.

Honestamente, ni por un segundo deduje qué sucedía con esas jóvenes, mucho menos entendí a qué se refería la patrona. Por ser yo una muchacha de pueblo, con costumbres evangélicas, sin malicia, no interpreté nada malo y, como no me especificó nada en concreto, no entendí nada. Además, no eran de mi incumbencia las cosas que hacía mi patrona en su casa. Me enseñaron a ser respetuosa y educada, a no meterme donde no me llaman, a respetar la individualidad de las personas.

Pasados algunos meses, se acercó a mí una de las chicas que llegaba a la casa:

–Veyri, ya tienes tiempo trabajando aquí, ¿te gustaría ganar más dinero?

–Claro que sí. ¿Qué debo hacer? –contesté rápidamente.

–Sólo tienes que ser muy cariñosa, corazón –me dijo con una pícara sonrisa.

–¿Con quién debo ser cariñosa? No entiendo –le contesté con cara de asombro y admirada.

–¡Ay, niña!, pues con los clientes, mi amor. No creo que seas tan tonta e ingenua para que no te hayas percatado de que estamos en una agencia de chicas. ¿Qué te imaginaste?

En ese instante me sentí muy avergonzada. No era posible que no me hubiese dado cuenta de que estaba trabajando de sirvienta para una “casa mala”, como dicen en mi pueblo. Decidí renunciar al empleo. Aunque ya estaba encariñada con mi patrona, mis principios y la moral que me inculcaron mis padres no me permitían continuar en ese lugar.

Busqué otro trabajo. Gracias a Dios, ya conocía un poco más la ciudad y me parecía muy bella. No tenía maldad en mi corazón,

tampoco tenía amistades. Mis ingresos los repartía entre mi tía Tere (para los gastos de la casa), mi madre y el resto para mí; realmente era muy poco el dinero que me quedaba, pero no me importaba, porque sentía que podía apoyar a mi familia.

Conseguí empleo de afanadora en una zapatería de prestigio, la Grand Pard. Ganaba el sueldo mínimo, pero con mucho orgullo y honradez.

Aproximadamente a los ocho meses de estar como afanadora, el dueño me pidió apoyo para el área de ventas (ese día faltó una de las vendedoras), e inmediatamente aproveché la oportunidad.

Así fue como me convertí en empleada de mostrador. Empecé a obtener un ingreso tres veces mayor al que antes percibía.

Ese nuevo empleo me ayudó a independizarme. Salí de la casa de mi tía Tere y me fui a vivir a una vecindad en el barrio San Francisco, muy cerca del centro de la ciudad. Trabajé con mucho empeño. Por las tardes estudiaba la preparatoria y cada quince o treinta días visitaba a mis amorosos y comprensivos padres. Siempre cumplía con mi responsabilidad de apoyarlos económicamente.

Un día llegó el dueño de la zapatería un tanto molesto. Regresaba de un viaje a Guadalajara y reunió a todo el personal para comentarnos: “La encargada de esta zapatería ya no estará trabajando con ustedes. Así que he tomado la decisión de nombrar una nueva gerente general”. En ese momento todas las empleadas nos miramos, unas a otras, interrogantes: “¿Qué sucedió con Lupita, la ex gerente? ¿Ahora quién va ser la nueva encargada?” Me dije: “Espero que no sea tal persona porque tiene mal carácter”. El patrón nos observó a cada una de los pies a la cabeza y dijo: “Veyri, de ahora en adelante, tú eres la nueva gerente, por tu honradez, puntualidad y por ser la número uno en ventas”. Para mí fue algo maravilloso, me sentí volar y alcanzar una estrella, no me esperaba tan grata sorpresa.

Siempre fui comprensiva con mis compañeras, respetaba a cada una y ellas me llegaron a tener un gran cariño y admiración. Durante esa etapa nació en mí la voluntad de hacer labores sociales. A la zapatería a veces llegaba calzado con pequeñas fallas de fábrica, no muy notorias, pero mi patrón, el señor Antonio, era muy exigente. No le gustaba que ese tipo de calzado saliera a exhibición, y me ordenaba regresar la mercancía a los proveedores. Como siempre me ha gustado preguntar cuando ignoro algo, un día que mi patrón llegó de buen genio, me acerqué para preguntarle:

—Don Antonio, ¿qué hacen con el calzado que devuelven a los proveedores?

—No me interesa el uso que le den.

—A mí sí me interesa.

—¿Por qué tanto interés? —expresó con duda y asombro.

—Existen muchas personas necesitadas. Si me dan a buen precio los zapatos, podría comprarlos.

—¿Para qué los quiere?

Con humildad habló mi corazón:

—Los necesito para donarlos a gente necesitada, de bajos recursos.

Estas palabras removieron sentimientos en el señor Antonio, por lo que se comunicó con uno de los proveedores y llegaron a la conclusión de venderme ese calzado a precio de fábrica. Grande fue mi sorpresa cuando me dijo: “El precio para usted es de cuarenta pesos cada par”. Hice mis cuentas y, con las comisiones que ganaba por cada par, podría pagar los zapatos. Entonces, los domingos, cuando descansaba, salía a repartir el calzado en las colonias más vulnerables, una de ellas era mi lugar de origen, y también en iglesias. Ahí empecé a ganarme el cariño y el respeto de muchas personas de bajos recursos.

A la zapatería llegaba un cliente especial a elegir su calzado. Siempre pedía muchos modelos y, al final, compraba dos pares.

Era muy guapo y atractivo, pero demasiado serio. Esta situación despertó en mí una gran curiosidad. Por lo tanto, la siguiente ocasión, decidí atenderlo personalmente. Recuerdo que nuestros ojos cruzaron miradas. En tono agradable me preguntó: “¿Sería tan amable de traerme este modelo, por favor?” Rápidamente acudí a solicitar el calzado en la bodega. El joven estaba esperando en el área de probadores. Me acerqué para colocarle el zapato utilizando el calzador. Nuevamente nuestras miradas se cruzaron y me comentó: “He visitado muchas zapaterías, incluso esta misma, y nadie había tenido tanta gentileza para calzarme”. A partir de ese día nos hicimos grandes amigos y, con el paso del tiempo, novios. Él se dedica a la odontología, su apellido es Capito. Posteriormente, nos casamos, vivimos juntos cinco años y procreamos dos hermosos niños. Nuestra separación me dolió demasiado, ya que existía un gran amor, pero sus padres siempre intervinieron en nuestro hogar y él se apegaba mucho a las órdenes de su madre. Para ese tiempo, yo ya había renunciado al trabajo de la zapatería, por amor a mi familia y por estar al pendiente del hogar en toda la extensión de la palabra.

Mis hijos son lo más bello que he tenido, son la razón de mi existir. Cuando me separé de mi pareja me llevé a mis dos hijos. Un día se presentó una licenciada en mi casa y me enseñó una identificación con su nombre y de la dependencia que representaba, DIF. Con prepotencia me ordenó entregarle a mis hijos, ya que había una demanda en mi contra. Al escuchar esas palabras, me invadió una ira incontrolable. A pesar de la situación, me expresé con calma y no permití que se llevaran a mis pequeños, los defendí como una fiera.

La licenciada se fue sin éxito alguno. Recuerdo que el tono de nuestras palabras creció al grado de correrla de mi casa. Experimenté odio, rabia y coraje cuando me enteré de que mi ex pareja había interpuesto una demanda en mi contra con el argumento de que era una alcohólica. No podía creer que había vivido con

un monstruo, era una lección que no esperaba. Con el propósito de quitarme a mis hijos, era capaz de todo, obedeciendo las instrucciones de su adorada mamita.

Un día, al amanecer, llegó el hermano de mi ex esposo. Empezamos a platicar respecto a la problemática de los niños. Lloré con un dolor muy profundo, todavía no aceptaba la maldad de aquel que decía amarme. Mi cuñado Güicho aprovechó la ocasión. Cuando salió de la recámara Giovanni, mi hijo menor, y vio a su tío, corrió hacia él, lo abrazó con amor y le dio muchos besos en la mejilla.

Con atención escuché que mi bebé le dijo: “Llévame un ratito con mamá Dioni”. Eso me hizo sentir un poco confundida e indecisa, ya que Güicho amaba a mi bebé como si fuera su hijo. Me convenció y permití que el niño conviviera un rato con su familia. Pero el destino ya estaba marcado para mí. Cuando fui por el niño de escasos dos años de edad, no quisieron entregármelo. Güicho fue el trampolín para que cediera a la entrega de mi hijo.

Me dirigí a la Procuraduría, levanté un acta administrativa, pero no me brindaron el apoyo necesario. Luché para dialogar con mi ex pareja, pero jamás me escuchó, sólo recibí negativas. Recurrí a las oficinas del DIF en busca de ayuda, lamentablemente no encontré nada a mi favor, ya que existía una queja en mi contra. Enterarme del contenido de ese documento fue desgarrador para mí. Me señalaban de algo que no era cierto. En mi vida había probado una cerveza, mucho menos un cigarro.

Al ver que nadie me regresaría a mi hijo, opté por tomar un arma. Me dirigí a la casa de mi ex pareja. Mi intención era pedir a mi hijo, pero esta vez iba decidida a salir con él. La puerta estaba abierta, entré y busqué a mi hijo. Lo tenía la abuela, pero se negaba a devolvérmelo. Nos exaltamos demasiado. Mi ex pareja también me agredía verbalmente, y fue entonces cuando saqué el arma y le disparé. No contaba con que ya había llamado a la policía. En cuestión de minutos entraron, me aprehendieron

y fui puesta a disposición de la Procuraduría. Pasé setenta y dos horas ahí y posteriormente me remitieron al penal de Cerro Hueco.

Nunca había experimentado tanto odio como el que se generó en mi corazón por lo que me había hecho esa familia. Desgraciaron mi vida totalmente, eso era lo que pensaba en el momento de llegar a la prisión.

Hice muy buenas amistades con mis compañeras, me dediqué al voleibol y a participar en talleres. Con el paso del tiempo recibimos la visita de un grupo de voluntarios; expuse ante una de ellas mi situación. Era la presidenta, le expliqué el motivo por el cual estaba presa. Ella me apoyó y obtuve mi libertad, pero perdí la patria potestad de mi hijo menor. Fue un golpe muy duro para mí, sólo me quedó el consuelo de verlo de vez en cuando y salir con él.

Conseguí trabajo en una disquera que distribuía casetes y discos originales, fui gerente general. Empecé a obtener ganancias favorables, aunque la vida para mí no era igual, había un vacío en mi ser que no llenaba con nada.

Viviendo la madurez, inmadura

Con el pasar de los años, mi hijo creció. Yo prosperé económicamente y realicé muchas labores sociales en colonias marginadas. Me gustaba mucho llegar a conocer y visitar a esas personas. Campesinos, amas de casa y niños me recibían con sonrisas, abrazos y unos que otros besos en mi mejilla.

Algunas despensas que les entregaba eran un logro de gestiones con el gobernador, otras eran apoyos de protección civil y donaciones de centros comerciales.

Estar en convivencia con otras personas me hacía sentir bien y mi mente se mantenía ocupada en cuestiones sanas.

Un día, motivada por seguir luchando y llevar esos obsequios a las familias humildes, conocí a un señor con porte muy serio. Me causó gracia por sus palabras conmovedoras. Conversamos respecto a las carencias que prevalecen en nuestro estado. Nos encontrábamos en las oficinas gubernamentales, y le expliqué detalladamente mi objetivo ante la dependencia. Con prepotencia y autoritariamente, argumentó que él estaba ahí por las resoluciones de unas tierras nacionales dentro de una propiedad privada. Le ayudé a calmarse para que tomara las cosas con paciencia. Le dije: “En la forma de pedir, está el dar”, aunque a veces, con determinados funcionarios, no existía cordialidad. Él se tranquilizó y me expuso su problemática. Para entonces, ya había transcurrido casi medio día.

Salió la secretaria del delegado a decirnos: “Por favor, esperen un momento más”. Como siempre, con una sonrisa, le respondí: “Tómese el tiempo necesario, aquí el señor Ismael y su servidora estamos dispuestos a esperar”.

Sin querer, abagué e intervine a favor de aquel desconocido en la audiencia, ya que nos pasaron juntos. Él escuchó que solicitaba proyectos productivos para grupos de mujeres, cada uno compuesto por ochenta señoras. Ese día me dieron el beneficio de paquetes de gallinas ponedoras. El señor Ismael se ofreció a llevarme a las oficinas de la Chacona para acordar el día y la hora para recibir las gallinas.

En el transcurso del viaje a las oficinas, el señor me solicitó que le gestionara el terreno, ya que en mucho tiempo no había encontrado respuestas favorables. Sus palabras de solicitud vinieron hacia mí como algo que me hacía dudar, pero a la vez, no podía decirle que no, era un reto que tenía que superar: gestionar un predio nacional.

Lo interpreté como un desafío para alcanzar otro objetivo en mi vida. Pasaron unos minutos y me dijo: “¿Qué me contesta esta bella gestora?” En su mirada se notaba la bondad que había en su

alma. Aquel hombre, con esas palabras, quitó un poco la tristeza que llevaba en el alma. No me había resignado a la pérdida de mi hijo; aunque nos frecuentábamos, el vacío existía.

Sin titubear le respondí: “Acepto con gusto la propuesta, pero conste que no es por el halago”. Aquel señor no era un hombre que se anduviera con rodeos. Tampoco era feo, sino todo lo contrario, de muy buen vestir, aunque muy tajante en sus conversaciones. En pocas palabras, producía en mí una inquietud que no me gustaba, pero había aceptado el reto. Comencé a gestionar el famoso predio Santa Inés, propiedad de una flamante millonaria que no se podía localizar por ningún lado. Se solicitó su presencia para entablar diálogos de solución en las oficinas de desarrollo agrario, mas nunca compareció. Sin embargo, acudió un profesor que tenía una oficina de su organización en la segunda planta donde habitaba doña María (la supuesta dueña del rancho). Le expuse al profesor que el señor Ismael tenía en posesión una fracción de aquel bien inmueble, y que se requería a la propietaria que diera el consentimiento para el deslinde de dicho predio, con el fin de salir de dudas y aclarar si, en realidad, eran terrenos de la nación o propiedad privada.

Se otorgó el permiso firmado por la supuesta dueña. La medición arrojó que una fracción, efectivamente, eran terrenos nacionales. El señor Ismael, como ya estaba en posesión del terreno, junto con otras personas, festejó aquel éxito acompañado por su servidora. Fue en esa ocasión cuando bebí cerveza por primera vez. Empezó a ser una costumbre. Primero comencé con una, después seguí con dos y tres, hasta llegar a llenar una caja de las famosas “medias”. Me gustó el efecto que me provocaba la cerveza. Aquellas personas dueñas del terreno me invitaban muy a menudo a estar con ellos. Así se desarrolló en mí un vicio exagerado por el alcohol. Al estar bajo el efecto del mismo, tuve relaciones sexuales con Ismael. Él jamás se fue de mi lado, me apoyó para dejar el vicio. Aquella alegría se presentaba muy seguido,

pero me olvidaba de que tenía familia y dos bellos hijos que me amaban.

Instalé mi oficina de bienes raíces y alcancé un éxito inigualable. Me convertí en una gestora reconocida y fui el enlace para que mi pareja llegara a ser el propietario del rancho Santa Inés; la compraventa se realizó gracias a su servidora.

Pero en toda lucha siempre surgen personas que, sin saber cuánto se sufre para alcanzar aquella estrella y a sabiendas de que había tenido problemas con mi manera de beber, utilizaron malas mañas. Caí nuevamente ante aquel monstruo del alcohol; destruyó mi hogar, mi vida, mi autoestima y mis valores como mujer. Toqué fondo con el vicio, el cual me llevó a otro más cruel y destructor: la droga.

Primero fumé mariguana. Sus efectos me producían placer y una gula incontrolable; después, la famosa cocaína y, posteriormente, la piedra. Cuando me encontraba bajo los efectos de estas drogas, me olvidaba de que tenía familia, hijos y un hogar. Me descuidé tanto que toqué fondo; la sociedad me rechazó, las amistades se fueron, las personas que deseaban mi mal lograron su objetivo. Solo quedó el recuerdo de aquella gestora luchona con un talento inigualable y con una carrera a medias, porque estudié hasta el tercer semestre de la licenciatura en Derecho.

Muerta en vida y caminando por las calles sin contar con alguien que me tendiera la mano, me aislé y le pedí ayuda a Ismael. En él encontré reproches, desamor, humillación, la otra cara de la moneda. Sobrevivía de las limosnas que me daba. Él, aburrido del problema que le causaba, me llevó a una clínica de nombre Oceánica.

Comprendo realmente la vida

Recuerdo el tratamiento que me brindaron a través de las terapias en Oceánica. Hice un inventario moral de mi vida, poco a poco fui analizándome. Pasé a tribuna y, cada vez que me expresaba, me sentía a gusto, porque en el fondo de mi ser deseaba cambiar. En esa clínica me encontré conmigo misma. Trabajé día a día mi agresividad, soberbia, ira y otros defectos de carácter en las terapias contra el alcohol y las drogas; volví a nacer. Actualmente ya no sufro por esos monstruos destructores. Hasta la fecha asisto al programa de Alcohólicos Anónimos.

Ismael fue la causa de muchos sinsabores en mi vida. La unión de pareja duró algunos años, pero todos fueron sin amor. Únicamente me unían a él los intereses económicos. Desconocía que, con el pasar de los meses, pagaría intereses muy altos. Todo por no confiar en Dios y en mí misma para continuar la vida. Con el afán de triunfar y ser exitoso, Ismael se asoció con su sobrino Marcos y le otorgó un poder notarial para representarlo. Debido a que éste era un joven astuto y ambicioso, empezó a hacer mal uso del poder.

Durante esta etapa, a mí no me consultaban nada ni pedían mi opinión, porque era la pareja de Ismael. Aquella gestora que logró conquistar la propiedad del terreno nacional, se quedó sin nada, porque el rancho Santa Inés pasó a manos del nuevo propietario: Ismael.

Recuerdo que Ismael y Marcos me ofrecieron unas hectáreas como recompensa por haber obtenido el triunfo de los terrenos nacionales y otras propiedades. Acepté dichas tierras para donarlas a la gente humilde; para mí ese era el mejor pago. Ambos se burlaron de esta decisión, pero finalmente entendieron, porque nada ni nadie me haría cambiar de opinión. Marcos, con arrogancia y altivez, expresó: “En la vida había conocido a una mujer tan tonta. Esta oportunidad no la volverás a tener nunca”. Sus palabras no

me afectaron en lo más mínimo. Comprendí que su ambición y avaricia eran más fuertes que un huracán. La satisfacción y el orgullo de brindarles felicidad a muchas familias quedaron impregnados en mi corazón. A las personas que tuvieron estrecha relación con lo acontecido, les embargó la tristeza porque no se reconoció mi esfuerzo.

Como era de esperarse, Marcos triunfó como líder de la nueva colonia. Cegado por la avaricia, invadió una fracción del rancho vecino (también terreno nacional), pero el propietario no se quedó con los brazos cruzados e interpuso una demanda por despojo agravado. Haciendo uso de su poder e influencia, los hermanos del propietario, de apellido Manzar, no sólo demandaron a Ismael y a Marcos, sino también a su servidora. Por ello hoy me encuentro purgando la condena de un delito en el que no tuve participación alguna.

Todo fue manipulado por Marcos, incluso la procuraduría retiró los cargos en su contra, y nos dejó como responsables a Ismael y a mí. La vida me ha hecho comprender el sistema judicial y la política. También me di cuenta de cómo la avaricia puede afectar a un ser humano y hacer que no le importe transgredir la integridad de su prójimo. Gracias a mi Dios padre, tengo valores fundamentales y principios muy bellos y una hermosa familia muy unida. Al vivir humildemente, aprendí que no todo es dinero en la vida, porque el exceso te pierde. Hay que mantener los pies sobre la tierra.

El compromiso social está muy arraigado en mí, por eso me siento joven para rehacer mi vida, sin drogas, sin alcohol, sólo encomendándome al Señor todopoderoso, que es el único sobre la tierra que puede ayudarme sin pedir nada a cambio.

Cuando fui recluida en El Amate, todas las mujeres eran desconocidas para mí, excepto la señora Ana, a quien conocí cuando estuve en Cerro Hueco. En ese entonces ella tenía un carácter fuerte, explosivo, enérgico, hablaba con voz fuerte y era mandona. En

nuestro reencuentro, la vi totalmente diferente, con un semblante dulce, amigable, comprensivo. Me quedé admirada y asombrada por su transformación. Me compartió que había aceptado a Cristo en su corazón; eso me agradó.

Poco a poco hice amistad con las internas. Me compartían sus problemas familiares, legales y dificultades que tenían dentro del reclusorio. Por mi naturaleza social, la vocación de servicio y el espíritu de bondad en mi corazón, se empezaron acercar a mí las compañeras para pedirme que les redactara oficios o escritos dirigidos al director del reclusorio. Algunas peticiones tenían respuestas favorables y otras negativas. Por la gracia de Dios, la mayoría de la población me buscaba para pedirme apoyo o asesoría. Yo desconocía que todo esto me causaría problemas posteriores. Lamentablemente, me perfilaron como líder de la población. Esto es erróneo, porque en el área femenil no existe este tipo de sistema. Las internas son tranquilas, respetuosas; hay rencillas, como en todos lados, pero existen normas y reglamentos que se aplican a todas aquellas que tienen mala conducta. El hecho es que jamás fue mi intención ofender a las autoridades, mucho menos que me catalogaran como líder, sólo deseaba ayudar y apoyar a mis semejantes.

Cierta noche vocearon mi nombre en Alcaidía. Tenía que presentarme debidamente uniformada y acudí respetuosamente con la oficial. Muy grande fue mi sorpresa cuando me notificaron que me llevaban de traslado al Cereso de Tapachula; ignoraba el motivo. Debido a que nos encontramos a disposición de las autoridades, obedecí las órdenes, pero dentro de mi ser sentía que algo estaba mal, no comprendía nada.

Cuando llegué al reclusorio de Tapachula me asignaron un lugar para dormir, alimentos y cobertor. La población me observaba y algunas se me acercaron para preguntar mi nombre y el motivo por el cual estaba ahí. Les expliqué mi situación y contuve las lágrimas. Mi corazón se sentía herido, me invadieron el dolor y

la tristeza. Me acerqué a la directora para preguntarle por qué me habían trasladado, pero no recibí ninguna respuesta. Por ello me vi en la imperiosa necesidad de consultar a la Comisión de Derechos Humanos. Por este conducto me enteré de que el traslado se llevó a cabo con la justificación de ser “interna de alta peligrosidad” y que mi presencia alteraba el riesgo e integridad del área femenil de El Amate.

Me invadió el coraje por las acusaciones. Deseaba tener en mi presencia a la persona responsable de semejante calumnia para expresarle mi indignación y decir que todo era mentira. Mi instinto me llevó a defenderme, como cualquiera en mi caso.

En ese instante no pude resolver nada; lo que decía en mi defensa no fue escuchado. Mi palabra, contra la de una autoridad, no tiene validez, y es comprensible porque, como dicen por ahí: “Por algo está en la cárcel”. Me resigné, pasó el tiempo y opté por darme la oportunidad de convivir con mis nuevas compañeras (algunas buenas, otras no tanto; en la viña del Señor hay de todo). Mi objetivo era demostrar con hechos todo lo contrario de lo que me acusaban, que conocieran realmente quién soy. Si hice lo que hice, no fue con mala fe, sino con el afán de ayudar a mis compañeras; lamentablemente todo fue mal interpretado.

Ingresé al equipo de cachibol (un juego divertido, nunca lo había jugado), me inscribí en un curso de inglés y compartí mis habilidades manuales con mis compañeras, les enseñé a tejer.

Por las noches, en mis oraciones, le pedí a Dios que se hiciera su santa y perfecta voluntad para que nuevamente me regresaran a El Amate, porque mi situación jurídica estaba dentro del Juzgado de ese centro y, además, mi familia podía visitarme con mayor facilidad por la distancia, mientras que en Tapachula todo era más complicado.

Un buen día, con la gracia de nuestro Padre Celestial, llegó el secretario Ferreira y me brindó la oportunidad de externarle mi situación. Creo fielmente que Dios le tocó el corazón y lo

iluminó para que me concediera mi petición. El día menos pensado me trajeron de regreso a El Amate; mi corazón se llenó de gozo, alegría, satisfacción y emoción. Le agradezco a mi Padre que me haya concedido la petición de mi corazón. Para Dios no hay nada imposible, él es el todopoderoso.

Al regresar, me reincorporé al grupo A.A. Mis compañeras me recibieron con mucho amor y alegría. Actualmente soy coordinadora del grupo y, en coparticipación con el área de psicología, imparto temas motivacionales y de valores. Con la ayuda de Dios tenemos un grupo numeroso que me brinda una gran satisfacción porque continúo ayudando a mis compañeras y amigas, pero de una forma sana y saludable. Gracias a Dios, aprendí muy bien la lección.

Llevo un año y cuatro meses privada de mi libertad. He tenido altas y bajas, porque no siempre se pueden hacer las cosas como uno desea. La felicidad está en el día a día, y la estoy disfrutando, como decimos en el grupo de Alcohólicos Anónimos, veinticuatro por veinticuatro y sólo por hoy.

Cuando me sentenciaron, me sentí deprimida, pero Dios me envió a un amigo para darme palabras de aliento. Hoy me siento motivada y con mi amigo floreció una muy linda amistad. Tengo la esperanza de que pronto obtendré mi libertad y las puertas de este penal se abrirán para darme una nueva oportunidad de vida. No sé cuándo, sólo Dios es sabio, y cuando sea su voluntad, voy a disfrutar a mis bellos hijos y a mi querida y hermosa familia.

Dentro de este reclusorio he aprehendido manualidades, asisto a talleres, cursos, pláticas, terapias psicológicas y no faltó al programa de A.A. La amistad y el respeto que he forjado con mis compañeras y las autoridades que nos resguardan han sido una gran bendición para mí.

Ahora valoro mi libertad con los pies bien puestos sobre la tierra. A mis cuarenta años de vida, las lecciones que me han tocado vivir me han servido como experiencia adquirida gracias a

Dios, porque no se puede comprar, sólo Él te la puede regalar, y por eso la voy a cuidar.

Estimado lector, espero que mi experiencia te sirva para evitar tomar decisiones equivocadas en la vida que puedan lastimar tu integridad, y también que haya tocado tu corazón para que ayudes a tus semejantes sin esperar nada a cambio.

Centro de Readaptación Social núm. 14, El Amate
Cintalapa de Figueroa, Chiapas